

2. DON RUA “LA REGLA VIVIENTE”

Segunda parte del Documento «Sucesor de Don Bosco: hijo, discípulo, apóstol» escrito por el Rector Mayor para presentar la figura humana y espiritual del Beato Miguel Rúa en el centenario de su muerte.

Todo el trabajo se ha acabado. ¿Acaba también Don Rua?

Cuando acabaron todos los trabajos del Santuario, pareció que también Don Rua estaba acabado. Una mañana de julio, en el calor tórrido del julio turinés, en el portalón del Oratorio, cuando iba a salir, cayó en brazos de un amigo que estaba su lado. «Peritonitis fulminante» sentenció el médico llamado de inmediato. «No hay nada que hacer. Administradle los Santos Óleos». La penicilina estaba por inventar y la cirugía estaba todavía en pañales. Don Rua, con fiebre alta y con muchos dolores, llamaba a Don Bosco; pero él está en la ciudad. Se pusieron a buscarlo. Cuando llegó y le dijeron que Don Rua estaba en las últimas, hizo gestos incomprensibles. Había muchachos en la iglesia para el retiro mensual y se fue directamente a confesarlos. «Estad tranquilos, Don Rua no se va sin mi permiso», dijo al entrar en la iglesia. Salió muy tarde y, en vez de ir a la enfermería fue a tomar la cena que le habían guardado. Después subió a su habitación a dejar la carpeta con sus papeles y, por fin, mientras todos estaban en ascuas, fue a la cabecera de Don Rua. Vio el recipiente de la Unción y casi se enfada: «¿Quién ha sido el listo que ha tenido esa idea?». Después se sienta junto a Don Rua y le dice: «Óyeme bien. Yo no quiero, ¿entiendes? No quiero que te mueras. Tienes que curarte. Tendrás que trabajar y trabajar mucho a mi lado y nada de morirte. Óyeme bien: aunque te tirase por la ventana estando como estás, no te morirías». [14] Francesia y Cagliero lo habían visto y oído todo, y se convencieron de que Don Bosco, que hablaba en los sueños con la Virgen y le arrancaba favores imposibles, tenía la garantía de que a ‘aquel muchacho’, el único que había sobrevivido de todos sus hermanos, la Virgen lo iba a dejar junto a él por toda la vida.

El 14 de agosto de 1876 un Salesiano, después de la cena, le preguntó a quemarropa: «¿Es verdad que muchos Salesianos han muerto de exceso de trabajo?». Don Bosco respondió: «Si fuese verdad, la Congregación no habría sufrido por ello ningún daño, al contrario... Pero no es verdad. Uno solo podría merecer el título de víctima del trabajo, y es Don Rua, lo veis perfectamente; pero para fortuna nuestra el Señor nos lo conserva fuerte y vigoroso». [15]

Don Bosco le comunica su mente y su corazón

Después de tres semanas de convalecencia, Don Rua vuelve a ser, delicado y fuerte como antes, el hijo fidelísimo de Don Bosco, que le confía, año tras año, los encargos más importantes: la elección y la formación de los que piden entrar como Salesianos, la designación de los Hermanos para las diferentes obras que se están abriendo en el norte de Italia, la primera visita a esas obras en 1872 para orientarlas y mantenerlas en el camino de la auténtica salesianidad. En 1875 comparte con él la preparación de la primera expedición misionera a América del Sur. En 1876 le confía la Dirección general de las Hijas de María Auxiliadora, fundadas cuatro años antes, en sustitución de don Cagliero que había partido para las misiones. Lo quiere junto a sí en los grandes y fatigosísimos viajes que realiza, pidiendo limosna, en Francia y España. Día tras día, Don Bosco hace de Don Rua su sucesor a la cabeza de la Congregación Salesiana. Más con sus actitudes que con sus palabras, le transmite sus pensamientos, sus orientaciones, su manera de afrontar las cosas, su confianza total y serena en Dios y en María Auxiliadora. Especialmente en los últimos viajes, Don Bosco se entretiene íntimamente con él, le habla del presente y del futuro, de la

Congregación Salesiana que es obra de la Virgen. Deben no sólo considerarla obra suya, sino amarla y preservarla del mal y de la decadencia, acercándose a los Hermanos, animándolos a observar las Reglas como camino que conduce a la salvación y a la santidad. En una palabra: Don Bosco le comunica su mente y su corazón. «Don Rua encontró su camino espiritual en la contemplación de Don Bosco».

[16]

Convertirse en Don Bosco día a día

Entre el cúmulo de las ocupaciones en todos aquellos años Don Rua es siempre el Director de los numerosísimos jóvenes que llenan Valdocco: estudiantes, artesanos, aspirantes salesianos, jovencísimos Salesianos. Don Rua se esfuerza por «convertirse en Don Bosco» en todo, también en su actitud externa. Es verdad que el aspecto físico y el temperamento son diversos. «Sus maneras, su voz, sus rasgos, su sonrisa, no tenían aquella misteriosa fascinación que atraía y encadenaba a los jóvenes a Don Bosco. Pero era para todos el padre solícito y afectuoso, preocupado por comprender, animar, sostener, perdonar, iluminar, amar», como había comenzado a serlo en Mirabello. [17] Y los jóvenes de Valdocco, zahoríes infalibles como todos los jóvenes del mundo cuando hay que entender quién los quiere y quién en cambio 'sólo finge', demostraron con los hechos que reconocían en él a un amigo y a un padre.

Junto al confesionario de Don Bosco, en la sacristía del Santuario de María Auxiliadora, estaba el de Don Rua. Y durante treinta años los jóvenes lo buscaban cada mañana, rodeando el confesionario como el de Don Bosco. Y cuando curó milagrosamente de la grave enfermedad volvió a asomarse tímidamente por el pórtico, lo rodeó la alegría conmovida de los muchachos. A la hora del recreo, como hacía siempre en Mirabello, volvió a estar entre los muchachos, como el más alegre y el más movido de los Salesianos. Al principio no se atrevió a lanzarse en las tumultuosas carreras de «barra rota», sino que se metía entre los más pequeños, tirando también él las canicas de barro con el pulgar; y en las serenas noches de aquel verano, bajo el cielo constelado de estrellas, confundido entre los coros de voces juveniles, cantaba con toda el alma y con enorme satisfacción.

No era siempre cosa fácil animar una muchedumbre de jóvenes como aquella haciendo de ellos una gran familia, como siempre quería Don Bosco, porque ese era su sistema educativo. Hacía falta impulsar a los mejores, animarlos para que se uniesen en grupos apostólicos, como la Compañía de la Inmaculada, la del Santísimo Sacramento, de San José, de San Luis, el Clero Infantil, indicar con votos secretos a los mejores en conducta dignos de pequeños premios, señalarlos discretamente como ejemplos que seguir. ¡Son estas élites las que arrastran a la masa! Don Rua y los Salesianos conocían y usaban muy bien estos instrumentos educativos, que Don Bosco había utilizado con ellos cuando eran muchachos.

Había que animar también a los mediocres, frenar a los peores, que siempre los hay en una masa. Para hacerlo Don Rua presidía cada semana la reunión de asistentes y maestros. En un cuaderno se anotaban las correcciones que hacer, los desórdenes que prevenir, las advertencias que sugerir. La mayor parte de ellas las realizaba los días siguientes Don Rua. Un discípulo suyo de aquellos tiempos escribe: «...se le quería como a un padre. Y era porque a todos nos trataba con bondad. Cuando tenía que corregir, reñir, castigar, sabía endulzar lo amargo, suavizar el reproche, trayendo a la memoria del culpable un pasado intachable, o evocando un porvenir reparador. Así, la mayor parte de las veces, éste mostraba su arrepentimiento y su firme propósito antes de que le castigaran. Así resultaba inútil el castigo y, con frecuencia, ya no se hablaba más del asunto, con gran alegría el culpable, que salía

de la habitación con el corazón conquistado y admirado de la bondad de su superior».
[\[18\]](#)

Pero sería un gran error considerar al Oratorio un lugar en el que se debía recurrir a los castigos para mantener a los jóvenes en orden. Entre aquellos muchachos crecían los grandes Salesianos, que año tras año llevaban y llevarían la luz de la fe a toda la América meridional hasta el umbral del Polo Sur. La segunda generación de Salesianos, que se iba a diseminar bien pronto en una docena de naciones de Europa, América y Asia, estaba creciendo en aquella masa de muchachos que llenaban las aulas y los grupos apostólicos, gritaban alegres en las movidísimas partidas de guardias y ladrones y en la iglesia rezaban como ángeles, en la merienda vaciaban los cestos llenos de pan fragante recién salidos de los hornos que estaban debajo del Santuario y por la noche cantaban alegremente bajo las estrellas. Era una constelación de nombres prestigiosos: los «jovencitos» Unia, Milanesio, Balzola, Gamba, Paseri, Rota, Galbusera, Rabagliati, Fassio, Caprioglio, Vacchina, Forghino... hasta los 'niños' Versiglia y Variara, que hoy veneramos entre los santos y los beatos. Había entre ellos muchachos que nada tenían que envidiar a Domingo Savio.

En 1876 –cuenta don Vespignani en una página memorable de su «Un año en la escuela de Don Bosco»– vino de Brasil a visitar a Don Bosco el Obispo de Rio de Janeiro, Pietro Lacerda. Había leído algo sobre Domingo Savio y le habían impresionado los dones extraordinarios que Dios le había dado. Le hizo a Don Bosco una petición desconcertante: poder hablar con algunos muchachos que fuesen tan buenos como Domingo, «porque necesito que me resuelvan algunos temores que tengo sobre mis responsabilidades ante Dios». Don Bosco hizo que viniesen cinco muchachos de rostro sereno, todos ellos respetuosos hacia el Obispo, abiertos y sinceros». [\[19\]](#) El Obispo de Río le expuso a cada uno de ellos «su condición: una inmensa ciudad, casi un millón de almas que salvar, poquísimos sacerdotes, muchos enemigos de Dios reunidos en sectas; mientras predicaba le habían tirado piedras... Él, el Obispo ¿tenía responsabilidad, culpas?... Quedaron casi asustados por aquel horrible cuadro. Pero todos me absolvieron de toda culpa –me dijo el Obispo– y me libraron del gran peso de la responsabilidad, prometiéndome que rezarían». [\[20\]](#) Estos eran los muchachos que vivían en Valdocco bajo la dirección cariñosa de Don Bosco y de Don Rua. De todos modos, Don Bosco entendió que el cargo de 'corrector' podía perjudicar la figura de Don Rua, en quien debía brillar sólo la paternidad dulce y amable, para convertirse pronto en el 'segundo Padre' de la Congregación. Y aquel cargo se lo confió a otros.

Las 'Reglas' aprobadas por Roma se convierten en camino de santidad

El 3 de abril de 1874 Valdocco se llenó de fiesta: un telegrama de Don Bosco enviado desde Roma anunciaba que la Santa Sede había aprobado definitivamente las 'Reglas' de la 'Pía Sociedad de San Francisco de Sales'. Los Salesianos nacían oficialmente en la Iglesia y se colocaban junto a las grandes familias religiosas nacidas a lo largo de los siglos: Benedictinos, Franciscanos, Dominicos, Jesuitas... Aquel sencillo librito de 47 páginas, dividido en 15 capítulos, era el camino que el Señor, a través del Papa, señalaba a los Salesianos como «camino de la santidad». Entre los 15 capitulitos destacaban los tres centrales, que fijaban las líneas de la consagración al Señor por medio de los votos de obediencia, pobreza y castidad. En la carta con la que presentaba las Reglas a sus hijos, Don Bosco escribía: «En la observancia de las Reglas nos apoyamos en bases estables, seguras, podemos decir que infalibles, al ser infalible el juicio del Jefe Supremo de la Iglesia que las ha sancionado».

Desde aquel momento –declaran los testigos– Don Rua fue fidelísimo en la observancia. Él tradujo en la práctica cada disposición con extraordinaria exactitud. Hasta le llamaron «la Regla viviente». Para él no había distinción entre reglas más o menos importantes. Afirmaba: «Nada puede considerarse pequeño desde el momento en que está contenido en la Regla».

Don Julio Barberis en el proceso de beatificación de Don Rua atestiguó: «Cuando las Reglas fueron aprobadas por la Santa Sede, se figuró que el mismo Señor las había confeccionado, y se habría sentido gravemente culpable si hubiese transgredido aun una sola... Ni sus compañeros con los que traté, ni yo mismo podemos afirmar que le vimos cometer una sola desobediencia... Fue siempre admirable la prontitud que tuvo en obedecer también a las pequeñas reglas, por ejemplo el silencio... No pensó sino en destruir en sí mismo la propia voluntad, para hacer en todo la voluntad del Señor». [\[21\]](#) «Él insistía en decirnos que el Señor no pretende de nosotros cosas extraordinarias, sino la perfección en las cosas pequeñas, quiere la ejecución de cada regla, dando a cada regla una importancia grandísima, y que este es el medio de levantar el gran edificio de la santidad» [\[22\]](#)

Don Juan Bautista Francesia, compañero suyo desde los primerísimos días del Oratorio e íntimo amigo, atestiguó: «Fue ejemplarísimo en la observancia de las Reglas de nuestra Pía Sociedad... La obediencia a las Reglas era para él superior a cualquier consideración. El amor que sentía a las Reglas le hacía extraer del corazón un lenguaje tiernísimo: 'Dios nos ha dado un código que nos sirve de guía por los caminos del Paraíso. Amemos mucho este código, consultémoslo con frecuencia, y cuando dejamos de leerlo besémoslo con expresión de amor y de reconocimiento a Dios'». [\[23\]](#)

“Don Rua me estudiaba a mí y yo estudiaba a Don Rua”

Don José Vespignani, que será un grandísimo Salesiano y misionero en América del Sur, llegó a Valdocco en 1876. Sacerdote recién ordenado con 23 años, había venido de Faenza para estar con Don Bosco. En su sencillo «Un año en la escuela de Don Bosco» nos ha dado un cuadro vivísimo de la actividad de Don Rua, del que fue uno de los secretarios en los primeros años. Con la sensibilidad que en general no tiene el que vive la normalidad de la vida diaria, fotografió la atmósfera y el ambiente de Valdocco, animados por la presencia de dos santos: Don Bosco y Don Rua.

«Desde el primer día –escribe– me puse de corazón a las órdenes de mi querido superior Don Rua. ¡Cuántas cosas aprendí en aquella escuela suya de piedad, de caridad, de actividad salesiana! La suya era una cátedra de doctrina y de santidad; pero era sobre todo una palestra de formación salesiana. Cada día admiraba más en Don Rua la puntualidad, la constancia incansable, la religiosa perfección, la abnegación unida a la más suave dulzura. ¡Cuánta caridad, qué bellas maneras para encaminar a un dependiente suyo en el trabajo que quería confiarle! ¡Qué delicado estudio, qué penetración en conocer y experimentar sus capacidades para educarlas de modo que fueran útiles para la Obra de Don Bosco!...

El despacho de Don Rua era un lugar de piedad y de oración. Apenas se entraba él recitaba devotamente el avemaría y después leía un breve pensamiento de san Francisco de Sales; terminaba del mismo modo, con la lectura de una máxima de nuestro Santo y el avemaría. Por la mañana nos tenía preparada una buena cantidad de cartas apostilladas por él. Con frecuencia venían con notas del mismo Don Bosco, que dejaba al criterio de Don Rua el trámite de encargos, admisión gratuita de jovencitos, agradecimiento por limosnas, peticiones de aspirantes. Yo respondía

siguiendo las indicaciones del margen, considerándome feliz por poder interpretar el pensamiento y los sentimientos de los Superiores y aun de imitar su estilo breve, dulce y sustancioso, que veía que era propio de los Salesianos. Así Don Rua me estudiaba a mí para hacerme hábil en los deberes de mi vocación; pero también yo le estudiaba a él y en él a Don Bosco, del que él aparecía como fiel intérprete y vivo retrato en cada momento de su conducta... El mismo trabajo se alternaba y condimentaba con sentimientos de piedad, porque todas aquellas apostillas de Don Bosco y de Don Rua, que yo debía desarrollar en las cartas de respuesta, se inspiraban en la fe y en la confianza en el Señor y en María Santísima: eran verdaderas incitaciones a orar, a resignarse, a recibir todo de la mano de Dios, a descansar en la divina Bondad; se consolaba, se animaba, se aconsejaba; se prometían oraciones, se aseguraban las oraciones de los jovencitos y la bendición de Don Bosco. No era raro dar pareceres y sugerencias sobre la vocación, se indicaban las condiciones para ser admitidos como aspirantes o hijos de María... Se ejercitaba, pues, un verdadero apostolado de piedad y de caridad, mientras que se ejecutaban las consignas del mando supremo, es decir, la dirección general de toda la Obra de Don Bosco.

Aquella habitación, además, era meta de visita de sacerdotes y Directores, de Cooperadores de toda condición y de jovencitos. Si no se trataba de temas reservados, también el secretario oía a los visitantes, completando cada día más su conocimiento sobre el movimiento interno y exterior del Oratorio y aprendiendo cómo se hace para buscar en todo la gloria de Dio y el bien de las almas... La habitación-despacho de Don Rua fue para mí un alto puesto de observación, desde donde descubría todo el movimiento característico de la Sociedad Salesiana; fue como el puente de mando de una gran nave, donde está el capitán, que estudia la ruta para evitar los escollos y mirar con seguridad al puerto y, al mismo tiempo, imparte las órdenes para el gobierno de toda su gente... Junto a Don Rua me iba formando una idea grandiosa y bella de toda la Congregación y de toda la Obra de Don Bosco». [\[24\]](#)

Desde allá arriba pudo Vespignani observar los patios inundados de muchachos que, junto a sus asistentes, se entregaban a diferentes juegos o a conversaciones alegres. Sigue todavía: «Se me explicó que aquellos sacerdotes y seminaristas tenían, en las clases y en el estudio, un sistema o método especial para guiar a sus discípulos al cumplimiento de sus deberes. Lo mismo en los talleres. Don Rua se tomaba muy a pecho la formación de los clérigos, cuya escuela de filosofía y teología era objeto de su atención. 'Así es, pensaba, como trabajan todos estos Salesianos, sacerdotes, clérigos y coadjutores, con un mismo fin y todos de acuerdo con el único fin de salvar las almas'. [\[25\]](#) Aprendió también el modo con que se vivía entre los Salesianos. Cuando Don Rua lo envió al Prefecto externo, don Bologna, para que sus datos personales se hiciesen constar en el registro general, al oír su edad, 23 años, don Bologna le miró y con palabras alegres «me dijo: '¿Y por qué se pone usted tan serio?' (entonces en los seminarios se enseñaba que los sacerdotes tenían que mantener un porte de «gravidad sacerdotal»). Aquellas palabras me hicieron reflexionar en el aire que debía dar a mi cara, en las palabras y los modos para darme aspecto de Salesiano y de verdadero hijo de Don Bosco. A mi alrededor todo sonreían, incluido Don Bosco: todos me miraban y se me acercaban como amigos y hermanos; parecían conocidos y amigos de tiempos pasados.. [\[26\]](#)

«Había leído en las Reglas que de vez en cuando convenía que los Salesianos hablasen con su Superior y Padre de cosas espirituales». Pero Don Bosco estaba muy ocupado y pedí a Don Rua, que era Director, poder hablar con él. Él tenía que ir a Valsalice a confesar a los muchachos. Le dijo: «Toma tu sombrero y vamos. De camino hablamos». «Así tuve mi primer coloquio». Don Rua le preguntó qué le había causado buena impresión los primeros días y qué, en cambio, le había impresionado mal. «Lo que más he admirado ha sido, no sólo ver la santidad de Don Bosco, sino

también encontrar en todas partes Superiores tan unidos a él; todavía más, digámoslo claramente, tan parecidos a él en el comportamiento, en el modo de hacer y de tratar, que en todo y para todo se ve el espíritu del Fundador y del Padre». «Tienes razón, hijo mío querido; esta unidad de pensamiento, de afecto y de método procede de la educación de familia que Don Bosco ha dado a los suyos, ganándose nuestros corazones e imprimiendo en ellos todo su ideal. ¿Y de desagradable?» «Para mí, todo fue edificante. El clero infantil, la banda de música y, sobre todo, las Compañías de San Luis, de San José, del Smo. Sacramento... Sus socios ejercen una influencia beneficiosa sobre los compañeros». [\[27\]](#)

La mano de Don Bosco en la de Don Rua

De 1875 a 1885 Don Bosco vive su década más intensa, pero quema también inexorablemente su vida. Junto a él, cada vez más como brazo derecho, trabaja con intensidad y silencio Don Rua, recibiendo crecientes responsabilidades. Día a día se convierte a los ojos de todos en «el segundo Don Bosco». En 1875 parte para América del Sur la primera expedición misionera salesiana. Los años siguientes Don Bosco funda los Cooperadores Salesianos y da comienzo al "Boletín Salesiano"; parten para las misiones las primeras Hijas de María Auxiliadora, de las que Don Rua es Director general; don Juan Cagliero se convierte en el primer Obispo salesiano; y el Papa elige a Don Rua como 'Vicario' de Don Bosco, preparado para sucederle. Es él, en la noche del 30 al 31 de enero de 1888, el que toma la mano de Don Bosco moribundo y la guía en la última bendición a la Familia salesiana. La mano que Don Bosco ofrecía a un muchachito diciéndole: «Toma, Miguelito, toma», ahora aprieta por última vez la mano de Miguelito convertido en su vicario; y le entrega todo, todo lo que él ha hecho en la tierra por el Reino de Dios.

[\[14\]](#) Cf. A. AUFRAY, o. c., p. 104; E. CERIA, *Vita del Servo di Dio Don Michele Rua*, SEI Turín 1949, p.71.

[\[15\]](#) A. AUFRAY, o. c., p. 136.

[\[16\]](#) M. WIRTH, o. c., p 273.

[\[17\]](#) A. AUFRAY, o. c., p. 151.

[\[18\]](#) A. AUFRAY, o. c., p. 103.

[\[19\]](#) G. VESPIGNANI, *Un anno alla scuola di Don Bosco*, Scuola Tipografica Don Bosco, San Benigno Canavese 1930, pp. 29-30.

[\[20\]](#) G. VESPIGNANI, o. c., p. 30.

[\[21\]](#) *Positio*, pp. 912-913.

[\[22\]](#) *Positio*, p. 699.

[\[23\]](#) *Positio*, p. 923.

[\[24\]](#) G. VESPIGNANI, o. c., pp. 19-22 passim.

[\[25\]](#) G. VESPIGNANI, o. c., pp. 37, 41.

[26] G. VESPIGNANI, o. c., p. 12.

[27] G. VESPIGNANI, o. c., pp. 23-24.